

Filosofía y realidad nacional

Silvio J. Maresca

Dos concepciones de la Filosofía: Platón e Isócrates

¿Es posible dar cuenta de la relación existente entre los términos del título sin aclarar previamente qué entendemos por *filosofía*? Es obvio que no. Tanto es así, que de la definición que demos de “filosofía” dependerá incluso qué habremos de comprender por “realidad nacional”.

Desde antiguo –desde sus orígenes griegos– se perfilan dos conceptos distintos de filosofía. El encarnado por Sócrates y Platón –mucho más conocido y aceptado– y el elaborado por algunos sofistas, por Tucídides o por Isócrates. También es imprescindible un revisionismo a nivel de la historia de la filosofía europeo-occidental, tarea que apenas está en sus comienzos. También en el ámbito de esta historia existe una versión “oficial”, que hay que desmontar. Lo cierto es que entre los griegos ya se registran profundas divergencias sobre el concepto de filosofía. Con Platón y su proyecto de un *saber absoluto* se insinúa por vez primera aquello que denominamos el *horizonte ontológico de lo Universal*. Con Platón, la filosofía queda determinada como saber riguroso de lo que es como tal, cuyo nombre es la Idea.

¿Qué entiende, en cambio, Isócrates por filosofía? No otra cosa que una palabra que designa la cultura nacional griega en su conjunto, y la aptitud del pueblo para producirla. Plétora de formas culturales cuya expresión más alta y sintética es la *retórica*, en tanto y en cuanto ésta se plantee la grandeza de la nación como objeto de sus desvelos rehusando ser instrumento de mezquinos intereses individuales. De ningún modo, “filosofía” como saber, que no reconoce condiciones, desgajado de la vida del pueblo.

Universalismo y filosofía

No obstante, el universalismo platónico, el universalismo de la Idea, es –aunque suene paradójico– todavía *griego*. Solamente cuando se diluye la primacía política de Grecia y –más aún– con el final del mundo antiguo, se da el paso decisivo en la constitución de un horizonte ontológico de universalidad, *sin más*. Horizonte ontológico que es, asimismo, un horizonte de pensamiento. Horizonte de universalidad abstracta en el cual de allí en adelante inscribirán sus propuestas la filosofía y la ciencia europeas, no sin heterodoxias y divergencias. Lo Universal sin más se constituye definitivamente cuando la Idea pierde el contenido vital que todavía conservaba en Platón, cuando se pierde la radical experiencia nacional griega del ser; es decir, cuando el ser se vacía de contenido y se vuelve un concepto abstracto, objeto de la lógica. El estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo antiguos representan momentos privilegiados en la constitución del universalismo abstracto, cuyos correlatos ineludibles son el individuo y el individualismo, también abstractos.

Universalismo filosófico, realidad nacional y países dependientes

Y bien. Para una filosofía que se entiende *a priori* a sí misma a partir de un horizonte de pura universalidad, la(s) realidad(es) nacional(es) no serán nunca otra cosa que *un dato inesencial*. Consiguientemente, su relación con esa(s) realidad(es) será concebida como igualmente inesencial. Y hablar de “filosofía nacional” será un despropósito.

Empero –y a pesar de todo– las filosofías europeas acusan importantes diferencias nacionales. No en vano hablamos, por ejemplo, cuando nos referimos a la filosofía europea moderna, de “empirismo inglés” o de “racionalismo continental”. Pero, a su vez, en los países dependientes, de los cuales esta filosofía no es originaria, los presupuestos de la misma son adoptados en forma más rígida y dogmática. Ocurre no sólo en este caso sino en el de otras producciones

culturales (científicas, artísticas, religiosas, etc.). El capataz o el empleado de confianza suelen ser mejores defensores del interés patronal que el mismo patrón. Como ejemplo acabado de este dogmatismo extremista –típico de los países dependientes, como queda dicho– baste mencionar a los teóricos del universalismo en la Argentina del siglo XIX. Me refiero concretamente a Sarmiento, Alberdi y Mitre y su “idea” de “civilización”. La “civilización” que pregonaban –y que, además, impusieron a sangre y fuego– es realmente una abstracción vacía que ningún europeo, ni aún el más universalista, hubiera estado dispuesto a suscribir. Aparece como una entidad de naturaleza a-histórica, que no reconoce, en cuanto concepto, ninguna condición concreta de producción.

Filosofía de la diferencia y realidad nacional

Ahora bien, desde un punto de vista diferente, que nos vuelve a aproximar a Isócrates, no sólo la(s) realidad(es) nacional(es) no son un dato inesencial en relación con la filosofía, sino que ambos términos (realidad nacional y filosofía) tienden a identificarse. Pues la filosofía tiene por único contenido –desde este punto de vista– la realidad nacional. Y la realidad nacional es ella misma filosófica (es filosóficamente relevante). Claro que para captar esta identidad tenemos que poner previamente en cuestión aquel horizonte ontológico de universalidad sin más, en el cual la filosofía y la ciencia europeas inscriben desde antiguo su discurso; horizonte ontológico que es también el fundamento de la dependencia cultural. Ponerlo en cuestión para reemplazarlo por otro de singularidad y diferencia. Diferencia respecto de otro, diferencia respecto de sí. La filosofía de la diferencia se asienta sobre el supuesto de la abismalidad del fundamento, del no isomorfismo razón-realidad, de la impotencia del concepto para dar acabada cuenta de lo real.

Únicamente si la filosofía se concibe a sí misma a partir de un horizonte de singularidad y diferencia –que es, en verdad, el de los pueblos como sujetos de la historia– la realidad nacional se torna esencial para la filosofía, tan esencial

que –repito– resulta en último término indistinguible de ella. A partir de un horizonte ontológico de singularidad, la realidad nacional es esencial, porque es la única realidad propiamente existente. Lo Universal no existe; los universales son nombres; toda existencia es singular. Por eso decíamos al principio que la relación a establecer entre filosofía y realidad nacional –e incluso qué vamos a entender por “realidad nacional”– depende de qué entendamos por filosofía. Especificamos ahora: de que profesemos una filosofía que imprima sus desarrollos en el marco de un horizonte de universalidad indiferenciada o de singularidad. El platonismo o Isócrates.

Funciones de la filosofía nacional

Las funciones de esta filosofía nacional, asimilada con la realidad cultural de su pueblo, se concentran –al modo isocrático– en la producción de una multiplicidad de discursos que constituyen una autoexaltación de la cultura nacional, una apología de la vida del pueblo. Son funciones de la filosofía nacional: *señalar* hacia el fundamento abismal de donde todo proviene, *acompañar subrayando* toda manifestación cultural espontánea que refleje la creatividad inmanente del pueblo, *consumar* la singularidad como goce de la diferencia. También llevar a cabo la lucha ideológica contra el primado de lo Universal, que es, por otra parte, en los países dependientes –ya lo he afirmado– el fundamento de la dependencia cultural. Cuestionar el horizonte de universalidad es cuestionar la dependencia cultural en su núcleo. Y viceversa.

Filosofía nacional como filosofía de la liberación y la voluntad

Porque además –lo hemos ya insinuado un par de veces– la realidad (la situación) de nuestra realidad nacional argentina es la *dependencia*. Es por ello que además de la tal identidad entre filosofía y realidad nacional o, justamente, *en virtud* de tal identidad, la *filosofía argentina auténtica* no puede ser otra cosa que una *filosofía de la liberación*.

Y por tanto, tampoco se trata de optar arbitrariamente entre dos modelos (universalismo-filosofía de la diferencia), según podría parecer. El horizonte ontológico de lo Universal es el “desde dónde” de la racionalidad imperial y, por ello, también fundamento de la dependencia cultural. Lo cual significa que decidirse hoy, aquí, en la Argentina, país sometido al imperialismo, por la práctica de una concepción meramente universalista de la filosofía, es definirse por la dependencia. Tan automática y necesariamente como, en el caso de asumir nuestra situación singular, es tomar partido por la liberación.

Definirse por la dependencia: es decir, por la práctica de lo que un gran pensador argentino, que sabía mucho de todo esto acerca de lo cual estamos escribiendo, llamó la *colonización pedagógica*. Me refiero, naturalmente, a Arturo Jauretche.

La filosofía nacional –consustanciada con la realidad nacional– no puede ser en el caso de nuestra situación histórica más que una filosofía de la liberación. Por tanto, un instrumento de la *revolución nacional y social* que nuestro pueblo requiere para afirmarse plenamente como tal. Y también una *filosofía de la voluntad*, dado que la liberación –más allá de cualquier determinismo fatalista– se funda en última instancia en la voluntad. La liberación es esencialmente un *hecho político*. Y la esencia de lo político es la voluntad. Para liberarse hay que *quererlo*. La filosofía de la voluntad ofrece aquí el fundamento (abismal).

El filósofo y el político

Por otra parte, la identificación entre filosofía y realidad nacional aproxima peligrosamente la figura del filósofo a la del político. Y en un país dependiente: a la del político revolucionario. Hasta tal punto, que no es descaminado pensar al filósofo, en un país dependiente, como haciendo uno con el conductor político. Quizás sea por eso que los textos más relevantes del pensamiento filosófico argentino no los encontraremos entre los escritos de los profesores de filosofía

que han poblado y siguen poblando nuestras lamentables universidades. Salvo honrosas pero contadísimas excepciones, sus obras forman parte, con todo derecho, del aparato de dominación cultural. Así como sus personas. Los textos relevantes los hallaremos en la producción de nuestros grandes conductores políticos populares.